

Ester Bueno Palacios

NADA ES LO QUE DECÍAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, n^o 43—

MADRID • MMXIV

De la obra © ESTER BUENO PALACIOS

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Prólogo © MARIO PÉREZ ANTOLÍN

Fotografía de autora en solapa © PALOMA CAPELO

Ilustración de cubierta © Olly. Shutterstock

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Noviembre 2014

I.S.B.N: 978-84-942539-3-5

Depósito legal: M-31351-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mi hijo Kev

PRÓLOGO

La poesía sentida y vivida, como la que aquí nos ofrece Ester Bueno, se diferencia de la poesía de salón en que nace de la experiencia, ya sea ésta individual o social. Se nota que lo que escribe la autora nace de sus propios conflictos, de sus inquietudes, de su actividad dentro y fuera del asfixiante, en ocasiones, mundo cultural. Por lo tanto quedará defraudado, al leer este libro, el que busque una lírica formalista o retórica. Ester se decanta, y hace muy bien en mi opinión, por un estilo directo y claro, con el que construye unos poemas emocionantes, bien estructurados y de musicalidad innata.

La tonalidad de esta obra es marcadamente intimista. La escritora descubre los recovecos de su alma y las pasiones que le conmueven. Todo lo que nos dice requiere de un ejercicio de introspección muy depurado que culmina en una suerte de confesión declarativa mediante la utilización impecable de recursos poéticos de una gran eficacia expresiva.

En algunas ocasiones, y mediante una gradación muy medida, la temática avanza del plano subjetivo al entorno más próximo, aquel que nos lleva al mundo rural donde los infantiles recuerdos se enlazan con los paisajes campestres. Por último, la evocación da paso a la contemplación reflexiva y aparece un cambio de registro, gracias al cual lo universal se hace patente, produciéndose una metamorfosis que nos permite atisbar algunas de las preocupaciones existenciales de la poeta. La semántica cambia y se adapta sin dificultad a las vicisitudes sociales sin perder, eso sí, la delicadeza en el tratamiento de los problemas humanos.

Esta poesía gusta más de la sugerencia y de la insinuación que del énfasis declamatorio. Se nota que existe una intencionalidad a favor de lo sutil. Las grandes proclamas no le interesan a Ester Bueno, prefiere las pequeñas cosas que se encuentran en los rincones ocultos de nuestra personalidad o de nuestra cotidianidad. Siguiendo esta premisa, inicia un viaje interior que le llevará hacia el descubrimiento de los matices que jalonan cada una de las realidades de su rico mundo simbólico e imaginativo.

Este tipo de escritura tiene sus reglas, a pesar de una aparente improvisación inicial. Se huye del patetismo y de los excesos tremendistas, destacan los conceptos elementales como soporte de una ornamentación plástica encumbrada, impera la emotividad por encima de cualquier otra consideración estilística y acaba por aflorar una ambivalencia que fluctúa entre lo sensorial y lo espiritual. El conjunto forma un entramado de observaciones, intuiciones y ensoñaciones que terminan decantándose en una obra coherente sin ningún atisbo de impostura. Todo lo contrario, al concluir la lectura tenemos una sensación de verdad y de autenticidad que no deja de ser harto imprescindible en una época como la actual caracterizada, literariamente, por lo manierista y por lo ambiguo.

Animo, al que se atreva a aventurarse por esta rica fronda de ideas y de estímulos que nos ofrece Ester Bueno, a que lo haga liberado de todo prejuicio y predispuesto para dejarse seducir por la clarividencia de una poeta notable, poseedora de una voz propia al servicio de la lúcida belleza.

MARIO PÉREZ ANTOLÍN

NOTA DE LA EDITORA

ESTER BUENO, LA LUZ

Sí, cada uno es hijo de su tiempo, de un marco espacial determinado y de ciertas habilidades que le conforman. Y cuando se produce una simbiosis mágica, cuando estas tres circunstancias se conjugan y encuentras tu identidad reflejada en otra persona, en sus palabras y en su emotividad ante el mundo, entonces, se produce el milagro de la literatura. Claudio Rodríguez afirmaba eso tan bello de que *Siempre la claridad viene del cielo; / es un don: no se halla entre las cosas / sino muy por encima, y las ocupa / haciendo de ello vida y labor propias.**

Como editora de poesía pocas veces he encontrado una claridad tan cegadora como ante los versos de Ester Bueno, a quien tuve el placer de leer por primera vez mientras preparaba la antología de poetas contemporáneas «Enésima hoja», y a quien fiché inmediatamente para formar parte de ella. Tras este encuentro vinieron otras antologías «Atlas poético. Viajeras del siglo XXI», y «Amor.Poesía amorosa contemporánea», siempre con la certeza limpia y viva de que Ester era eje clave en la construcción de tales anaqueles.

Y llegó el día esperadísimo en que Ester regala al mundo, este, su primer libro de poesía. *Oh, claridad sedienta de una forma, / de una materia para deslumbrarla...** Lectores ávidos de vida, de

* Del poema DON DE LA EBRIEDAD, de Claudio Rodríguez. Madrid, Adonáis, 1953. (Premio Adonáis).

forma y ritmo, lectores buscando la luz, la antorcha reflejada en otra mirada, en las verdades enfrentadas que nos hacen libres, en la aceptación de mundos ajenos, de centelleos en la presencia de la palabra dada. Y así, como editora, pero sobre todo como lectora, he ahondado en «Nada es lo que decías» percibiendo en cada verso la esencia de lo que Ester es, de lo que se nos revela ante la luz de la poesía, ese espejo limpio que irradia nuestra realidad.

Ester es luchadora, es mujer justa y alegre, y siente que es necesario que las diferencias afloren, que el mundo se enriquezca con la diversidad. Ella sabe contemplar de dentro afuera, sabe mirar en derredor, sabe que apreciar es mucho más que dar valor. Y así sus poemas nos muestran un escenario complejo que sale de su espacio vital y nos encamina por diversos lugares del mundo, y que pone su centro en un caleidoscopio —de nuevo la luz como elemento vital—. Ester interpreta los sentimientos y nos habla de la esencia, de lo eterno: el amor, la muerte, la transcendencia y la naturaleza. Al fin y al cabo todo puede reducirse a ello, al fin y al cabo es el don de la inherencia, es el don de la palabra, es, hoy, el don que Ester nos entrega.

ALICIA ARÉS

PARTE PRIMERA

El tiempo, el cambio

Nada es lo que decías,
pasado a presente,
el rastro de niño,
la espada y la furia,
el marco del alma.

MINUTOS VIEJOS

Las horas no me aportan
más que minutos viejos,
minutos con arrugas,
con flecos mal cosidos.

Minutos que oscurecen
los tics tacs impacientes.

Estos minutos viejos
que envejecen tu nombre
y sin embargo esperan
que pares a mi puerta,
con la mirada al frente
y los ojos encinta
de lágrimas guardadas
del anterior invierno.

EL CAMBIO

El viento no conoce de estaciones cambiadas,
sopla y lleva consigo los tratos de la muerte,
habla y susurra henchido de males descartados,
agota los rosales sin hojas y sin nada.

Este viento de marzo parece enardecernos,
parece estar vetado en el suelo del patio,
arremolina escamas de peces no nacidos,
espolvorea esquinas, remeda las tinieblas.

Los cuadrados angostos, blancos durante años,
me dejan ver tejados que cubren en serpiente,
espíritus de lluvia, de adjetivos enjutos,
de puntos de vainica antiguos por perdidos.

Y el abril se abre paso con sus tardes solaces,
con sus mañanas curvas de montañas azules,
con sus noches ahogadas en el verano próximo,
con sus amaneceres de malvas alterados.

LOS DÍAS DEL DESASOSIEGO

Todo es nosotros y nosotros somos todo.

Pessoa, «El libro del desasosiego»

Vendrán.

Latitudes del norte me esperan,
cargadas de lunas,
de escarchas sobre el mar,
de playas frías.

Agua encarrilada
entre presos de barcos
salientes hacia el puerto.

Mi vieja bicicleta chirría enmohecida,
calles adoquinadas,
venerables ancianas con pelos de colores,
artistas ateridos.

Latitudes del norte me esperan,
será con el solsticio.
El verano corrige los pasos de los niños.
Volanderas guirnaldas cuelgan en los canales.

Agua gris y de espuma
entre pétalos blancos
dejados por los novios.

Si paso por la puerta de Ana Frank,
aún existe, vigila desde dentro,
escribe la esperanza de mi desasosiego,
susurra Prinsengracht.

SÍ ES, NO ES

Mi destino es la espera...
He nacido en un momento crítico...
No estuve preparada para lo que caía...
Ese esperar antónimo es menos comfortable.

Rimar si no me esperas quizás me tranquiliza...
O me vuelve una bestia que quiere temporales...
Rancias puertas raídas de no tener templanza.

Es una espera en ese, apenas perceptible...
Nadie se ha dado cuenta...
Lo peor que he vivido asomado a la calle.

MARES

Hay tiempos para el llanto.
El agua se desploma lavada de sí misma
y arrasa lo que toca.

En este espacio abierto entre nosotros,
donde caben esperanza y miedo,
el que secuestra y amordaza las horas
del extraño verano sin tus manos.

Susurrar en un constante soliloquio,
monologo sin pausas para oírte.
El amarillo de mi volátil habla.
Las playas arrasadas por las algas.

Hay tiempos para el llanto.
Las arañas pequeñas mecen sus entretelas.
Columpios de peligros infinitesimales
traen y llevan presagios que me aniquilarían.

Hay un espacio abierto entre nosotros,
donde sí caben mis flores y mis velas
y tus historias de reyes malhadados
que mueren por amar a sus princesas.

Me perturba este constante soliloquio
que me levanta y sienta y me cubre de mares,
de sal, de plancton, de minúsculas conchas,
de arena desprendida.

Hay un espacio abierto entre nosotros
donde sólo seremos si soltamos amarras.